

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Azcona no es liposoluble

Autor/es:
Cuerda, José Luis

Citar como:
Cuerda, JL. (2000). Azcona no es liposoluble. Nosferatu. Revista de cine.
(33):49-52.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41190>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



El bosque animado

Azcona no es liposoluble

Ez da gauza erraza Rafael Azconari buruz hitz egitea. Ez eta adiskidetasuna edo mirespen profesionala abiapuntutzat hartuta ere. Agian hori oraindik ere zailagoa da, Azconari ez baitzaio gustatzen besteek berari buruz hitz egitea, eta are gutxiago laudorioak.

José Luis Guerda,
con agradecimiento

Azcona no es liposoluble. Esto conviene decirlo cuanto antes. Le gustará como a todos, digo yo, que juzguen sus actos favorablemente; pero no se disuelve, me consta, en los aceites de los halagos, sean estos vaselina perfumada con Heno de Pravia o pringue de orza. Al revés. Yo he visto cómo se pone correoso, tenso, cuando se le masajea con las tales. Por eso, sabido eso, escribir -siempre que a alguien le dicen que escriba sobre alguien es para que diga cosas buenas del segundo alguien- sobre Azcona es, en el mejor de los casos, una descortesía y, si a uno se le va un poquito la mano, hasta una agresión. Pero ocurre, qué le vamos a hacer, que, de vez en cuando, publicaciones escritas, sonoras o audiovisuales, se acuerdan de Azcona y solicitan a quienes se supone que

le conocemos profesional o personalmente que arremetamos contra él con delicadas zalemas. Ocurre también que esas mismas publicaciones, cuando van de oficio, es decir, cuando ejercen el sacrosanto, apremiante, incontenible y lapidario imperativo de la crítica, que es a lo que se dedican a diario muchas de ellas, se ciscan en Azcona, en sus antepasados, hasta el neolítico, y en quienes le rodeamos accidental o devotamente. *Malgre tout*, y en estas contradicciones, no peores que la vida en cualquier caso, ni más traidoras que el amor -sangrienta hipóbole éste, perdónese me el excurso-, uno se sienta frente al portátil, me refiero al ordenador o máquina computadora de precio muy elevado y de transporte embarazoso,

en tren Talgo, camino de Cartagena, y en este hotel de Ontinyent, en donde continuó la venta de saberes que se me suponen, y en Zaragoza y en Barcelona, donde lo terminaré a la postre, para cantar a Azcona como al mejor de los hombres, después de mi abuelo Julio, de la Chata del Duque y del Jesucristo de mediana edad -el que va de los veinticuatro a los veintinueve años, le calculo yo; el de antes de estropearse, en definitiva-. Y es esto así en Azcona por las razones que siguen, si acierto a razonarlas.

(Con respecto a mi abuelo Julio, a la Chata del Duque y al Jesús Cristo de mediana edad no creo que sea éste el sitio de explicarme más o mejor; pero puedo hacerlo

por e-mail, si hubiera interés considerable, que lógicamente lo dudo).

Azcona es todo un hombre. Ya sé que, dicho así, puede dar miedo. Pero no hay para tal. Azcona es hombre al máximo, en condición superlativa y desde que se levanta hasta que se acuesta. Sin claudicaciones éticas, sin caídas en postraciones metafísicas y sin demasiado esfuerzo ni un considerable capital dinerario acumulado. Esto que acabo de escribir no lo había leído nunca predicado de Azcona. Así que espero que a los editores de la revista les guste y a los lectores también.

Es que hablar de lo que yo sé del hombre Azcona -lo que desayuna, lo que come, a qué horas anda por casa y con quién se le puede encontrar cuando no está en ella, cuál es su número de teléfono, por qué tiene bolsas debajo de los ojos, qué películas, qué novelas le gustan- no me da la gana. Me parece una impudicia. Una bellaquería y una traición. Máxime si ni siquiera sé, como es el caso, si me van a pagar por estas líneas.

Y hablar de su sabiduría como guionista lo van a hacer otros aquí, en *Nosferatu*, por delante y por detrás de mí, mucho mejor que yo. Lo digo porque ellos, los que harán tales cosas, son "firmas" que han estudiado muchísimo el cine -les debe de gustar eso- y porque cobran por escribir. Suelen hacerlo.

¿Por qué he aceptado empero este encargo? Porque, dado por hecho que Azcona se sentirá agredido, abochornado y quebrado como caña por lo que los doctos y yo escribamos, voy a ver si por lo menos acierto a decir lo que los demás, que en esto de las letras -de donde maman- se la cogen con papel de fumar para no perder ni pie, ni compostura, ni ripio, no se atreven a decir.





Azcona inventó el idioma. En Logroño. Poco después, si no me equivoco, que Berceo. Pero fue él el que lo inventó. Porque lo de Berceo, sin filología aprendida, no se entiende. Azcona vio las cosas, vio al hombre, vio las cosas que decía, hacía y sentía el hombre y les adjudicó palabras. Un montón. Distintas todas. Algunas rarísimas: "Tilonorrinco", "espiritrompa", "misericordia", "cólico". Después vio que, combinadas éstas, resultaban la mayoría de las veces desconcertantes. Por ejemplo: "Te comprendo". ¿Qué querrá decir?

Inventado el idioma, vio, pues, Azcona, que, para que aquello no resultase un baile macabro de malentendidos y juegos florales había que matizar las palabras con contextos dentro del mismo lenguaje y con gestos corporales. E inventó la acción. Gracias a Azcona nos movemos todos. Por dentro y por fuera. Se nos mueven las ideas, las pasiones, los párpados y el miembro. Se nos mueven con cierto sentido, quiero decir. O sea que excluyo el baile de San Vito, el calambre y la agitación, ese movimiento tan de

moda que, como un espejismo más, nos hace creer que nos desplazamos por el simple hecho de no estarnos quietos. Cuando no es verdad.

E inventadas las dos columnas del guión: Diálogo y acción -*et verbum caro factum est, et habitabit in nobis*- Azcona inventó la verdad.

La verdad renacuaja. Es decir, la que ni tiene buen color, ni excesivo tamaño. La que se acomoda a las charcas y aspira, como mucho y si no se la come antes un lucio, a salir con el tiempo al aire y a dar saltos cortos, de rana. Y a hacerse oír, cuando entra en celo, con voz de Pepe Isbert.

La verdad azcónica -también podría decirse agónica- da para poco. Para tener convicciones de mediano alcance y lustre nulo, para ser honrado -inútil y risiblemente honrado- y para, alcanzado el éxito, dentro de sus dimensiones, comer cocina tradicional y hacer un par de viajes al año a casas rurales. Al extranjero, cada tres años y con la mujer de uno, no con otra.

La verdad azconiana ha tenido y tiene, aunque sea más un estorbo que otra cosa, sus secuaces sin llegar, obviamente, a constituir iglesia y sin predicadores, Dios nos libre. Ni siquiera el propio Azcona. Él menos que nadie. Los que siguen la verdad azconiana son ineficaces y poco felices, y si miran al suelo no tropiezan; pero si alzan la vista sí tropiezan. Se ríen. Y se complacen en hallazgos como el peine, el tenedor y el mondadientes, sin desdeñar la radio y la luz eléctrica. Que son avances reales. Como el tren.

Y la verdad azconiense puede tener la belleza de la pana, del pubis, de una pastilla de jabón Lagarto, de tres churros un poco calientes, de un gato dormido. Del románico. De una madre de mediana edad a solas con su hijo. Es una verdad que también puede llegar a consolar, pero con torpeza, sin la virtud, el vigor, la trapacería y el aparato con que lo hacen las verdades grandes, las religiones y las banderas.

Lo azconiforme informa mucho más de lo que Azcona el púdico será nunca capaz de reconocer ya



que penetra de sí las cosas suyas tan irremediadamente que, de estar él a no estar en guión de película de un mismo director, el guión lo siente y el producto es sustancialmente otro. El de Logroño afirma que produce sus letras a brochazos. Que todo el cine es, contra la novela o la poesía, brocha pura y que los adjetivos son siempre del director. Algo de verdad hay en todo eso, que Azcona juzga con tino normalmente las cosas de este mundo; pero no es menos verdad que el sustantivo y el verbo, que son del guionista, permiten, inducen, determinan a veces e impiden otras las adjetivaciones. No sería adecuado, por ejemplo, decir que la iglesia católica es justa o que a la derecha le concierne el progreso o el hombre. Y tampoco es verdad que, cara al director, el indómito logroñés se produzca como puta. Nada de eso. Insobornable Azcona, no admite bajadas de guardia ni derivas inapetecidas en ningún caso. Y es muy de alabar el perfecto estado de funcionamiento de su aparato detector de mierda, aquel que Hemingway recomendaba que todo escritor llevase siempre en la cabeza, y que lo mantuviera avizor e inmodificable por más golpes que le diesen.

Es Azcona, y alabarle en ello el gusto sería escaso reconocimien-

to, escrupuloso olfateador de bajezas morales con especial finura olfativa para detectar las imposturas de los sentimientos que, derivadas en sentimentalismo criminal, consiguen tan buena clientela como daño hacen a la justa comprensión de lo humano. Es este tipo de infección especialmente aborrecible en tiempos en los que las corrientes de pensamiento más aceptadas y mejor apreciadas en la subasta son las que cuantifican y ponen coste al hombre, a sus obras, a sus necesidades. Con lo que cualquier acercamiento al ser humano del que no se derive utilidad contable será despreciado por utópico y retardador del verdadero progreso, del progreso fetén de hoy en día. El atajo más eficaz para conseguir convencer de que las cosas son así y así están muy bien es sustituir en cualquier orden lo complejo por lo simple. El sentimiento por el ternurismo. La justicia por la caridad. El juicio por la glosa. La humanidad por la nación.

Por último, si no fuera por mi abuelo Julio, por la Chata del Duque y por Jesucristo en su edad mediana -aunque a Jesucristo estoy por quitarlo- Azcona, Rafael Azcona, como lleva por título el pasodoble que le compusiera tan retrechamente el maestro Bernaola, sería no sólo el hombre su-

perlativo, sino el precipitado químico más perfecto de la creación por encima, sin duda, de la Bolsa de Valores, del tigre, del chorlito, del arco iris, de los cirros, o de las Lagunas de Ruidera. Mejor que el aeroplano, incluso.

La perfección de Azcona -y yo creo que no me paso- es perfecta. Y se advierte, para que se fije en ello quien lo vea, en cómo anda -sin caerse, primero un pie y luego el otro-, en cómo respira -sólo cuando le hace falta oxígeno y sin darse cuenta-, en cómo come o bebe, de tal manera que sacia su hambre y su sed con el mero hecho de comer o beber. Y todo porque Azcona tiene la medida exacta del hombre, el peso que le corresponde al hombre y adecua sus funciones biológicas al mantenimiento mismo de la vida. No se puede pedir más. Aunque él, a mayor abundamiento, como mi abuelo Julio y la Chata del Duque -si hay que igualarlo a ellos para terminar *en beaute* yo lo igualo- quedará incluso en la memoria de los otros cuando deje de vivir en las horas de la tierra. Perfecto. Amable. Indisoluble en la pringue, que hasta al pasado pringa.